

HIROMI KAWAKAMI

# MANAZURU

TRADUCCIÓN DEL JAPONÉS  
DE MARINA BORNAS MONTAÑA

BARCELONA 2013



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Manazuru*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2006 by Hiromi Kawakami. Todos los derechos reservados  
© de la traducción, 2013 by Marina Bornas Montaña  
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-15689-95-9  
DEPÓSITO LEGAL: B. 23149-2013

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Alguien me seguía mientras caminaba. Como estaba lejos, no pude distinguir si era una mujer o un hombre. Seguí caminando sin darle importancia.

Había pasado la noche en una pequeña pensión situada junto a la bahía, regentada por una pareja que supuse debían de ser madre e hijo, por la edad que aparentaban. Había salido de la pensión por la mañana, y me dirigía hacia el extremo del cabo.

El día anterior, cuando llegué sobre las nueve de la noche después de un viaje de dos horas en tren desde Tokio, la entrada principal ya estaba cerrada. En realidad, no era más que una puerta baja de hierro, como las de las casas particulares, flanqueada por dos o tres pinos de tronco estrecho y retorcido. En la puerta no figuraba el nombre de la pensión, lo único que había era una antigua placa con un nombre escrito con tinta: SUNA.

—SUNA es un nombre muy curioso—le comenté a la madre.

—Aquí hay varias familias que llevan el mismo apellido—me respondió.

El hijo tenía el pelo canoso, pero debía de tener la misma edad que yo, unos cuarenta y tantos años. Cuando me preguntó si quería desayunar, su voz me resultó familiar a pesar de que era la primera vez que nos veíamos. Se parecía a la de alguien a quien conocía, pero no conseguí recordar quién. En realidad, no era su voz la que me recordaba a alguien, sino una especie de vibración que percibí en ella. Le respondí que no. Al oír mi respuesta, el hijo salió de detrás del mostrador y me acompañó a la habitación del fon-

do del pasillo. En un tono indiferente, me explicó que enseguida vendría a preparar el futón, y me informó de que la sala de baños estaba en el sótano. Cuando se fue, abrí la delgada cortina y vi el mar. Se oía el murmullo de las olas. Era una noche sin luna. Agucé la vista para intentar ver las olas, pero no había suficiente luz. Me pareció que habían preparado la habitación hacía rato, porque hacía un calor sofocante. Abrí la ventana y dejé que entrara el aire frío.

La sala de baños del sótano estaba oscura. De vez en cuando, una gota de agua caía del techo.

Me puse a pensar en Seiji. Me había dicho que aquella noche dormiría en la empresa, en Tokio. Aunque me había hablado muchas veces de las salas de descanso que había en las oficinas, nunca conseguía imaginármelas. Eran tres pequeñas habitaciones con una única cama en cada una. Cuando estaban cerradas con llave, significaba que había alguien durmiendo. Yo, que nunca había trabajado en una empresa, me imaginaba aquellas salas como habitaciones de hospital, con camas metálicas cubiertas con mantas de color marrón claro y rodeadas de una cortina, las zapatillas en un suelo en el que resuenan los pasos y, al lado de la cabecera de la cama, un timbre y una tabla de control de la temperatura. «No tiene nada que ver con un hospital, son habitaciones de techo bajo donde no hay nada. Sólo algunas revistas que la gente deja en el suelo después de leer», me explicó Seiji, riendo en silencio con una ligera mueca. Antes no estaba acostumbrada a su forma de reír, pero ahora ya empiezo a conocerlo. «Cuando me quedo a dormir en una sala de descanso, no consigo conciliar el sueño hasta el alba. Al amanecer, todo está en calma. Las luces están apagadas, y el edificio está en silencio. Cuando me acues-

to, estoy demasiado cansado y excitado para poder dormir. Como últimamente me quedo a menudo a dormir allí, he recuperado un ritual que no hacía desde que era pequeño: me meto en la cama como si fuera la superficie del agua, con la diferencia de que mi cuerpo flota sobre ella y no se hunde. Relajo todo el cuerpo, desde la nuca hasta la espalda, el trasero y las pantorrillas, me quedo muy quieto y el “agua” me va calentando las partes que están en contacto con ella. Sólo así puedo dormirme», me dijo Seiji, con la misma risa silenciosa de antes.

Después del baño, como no necesitaba dormir, a diferencia de Seiji, me quedé despierta toda la noche. Cuando el cielo nocturno, que atisbaba a través de la cortina entreabierta, empezó a volverse azul, me entró el sueño. Pensé que tal vez Seiji también estuviera conciliando el sueño en ese mismo instante. Entonces apagué la luz y cerré los ojos.

Me desperté pasadas las nueve. La luz inundaba la habitación. El murmullo de las olas parecía más fuerte que la noche anterior. Pregunté por el camino que llevaba al extremo del cabo. El hijo me lo describió dibujándolo a lápiz en una hoja. Garabateó algo que parecía la silueta del cabo y marcó el camino que conducía a él. «Esta forma me recuerda algo», observé. Aún no sabía a quién me recordaba la voz del hijo, pero enseguida reconocí la forma del cabo. Parecía un dragón, desde la cabeza hasta la cola. Incluso tenía los bigotes de la nariz.

«Hasta el extremo del cabo hay una hora andando», me dijo el hijo. «Caminando a paso lento, tardará un poco más», precisó la voz de la madre desde dentro. «Puede que esta noche también tenga que quedarme, ¿tienen habita-

ciones libres?»». No había visto a nadie en todo el día y estaba convencida de que yo era la única huésped de la pensión, de modo que esperaba que me dijeran que podía quedarme otra noche. Sin embargo, el hijo ladeó la cabeza con un aire dubitativo. «El viernes vienen los pescadores. Si no hay demasiado oleaje, normalmente tenemos todas las habitaciones ocupadas. Será mejor que llame antes», dijo el hijo. Asentí ligeramente y salí de la pensión. En la parada del autobús, consulté el horario. Faltaba media hora para que pasara el siguiente. Quería dejar la maleta en la consigna de la estación, que se encontraba a media hora a pie. Eché un vistazo al camino, que subía abruptamente, y decidí esperar el autobús. Bajé hasta la playa.

El mar era monótono. Las olas iban y venían una y otra vez. Me senté en una roca para contemplar el océano. El viento soplaba con fuerza. De vez en cuando, la espuma de las olas me salpicaba. A pesar de que la primavera ya estaba muy avanzada, hacía frío. Las tiñuelas salían y se escondían bajo las rocas.

No tenía previsto alojarme allí. Había quedado con alguien en la estación de Tokio para resolver un asunto de trabajo. Luego comí algo y, cuando terminé, eran las siete de la tarde. Me disponía a coger la línea de Chuo, pero las piernas me llevaron a la línea de Tokaido sin saber por qué, y subí al tren. Pensaba que, si iba hasta Atami y volvía en el mismo tren, aún llegaría a tiempo de coger la línea de Chuo y regresar a casa, pero mientras viajaba me sentía cada vez más inquieta hasta que, al final, no pude aguantar más y bajé del tren. Estaba en Manazuru.

Dejé atrás el andén, crucé un estrecho pasillo y salí a través de los torniquetes. Delante de la estación había una

plaza. El puesto de información había cerrado hacía horas. Pregunté a un taxista, que me llevó hasta la pensión. «Es pequeña pero acogedora», me dijo, y me dejó delante de la puerta con el nombre *Suna* escrito en una placa.

Había llamado a mi madre desde el tren. «¿Qué quieres que le prepare a Momo para que se lleve mañana al colegio?», me preguntó. Quería decirle que podía coger todo lo que había en la nevera salvo el pollo, pero me interrumpí a media frase y le respondí: «Cualquier cosa. Siento no haberte avisado de que no estaría». «No importa», repuso mi madre. Su voz sonaba lejana. Me sentí observada y me volví, pero estaba sola en el tren. No había ni una sombra.

Me pareció ver el mar desde la ventana del tren, pero estaba tan oscuro que no pude distinguirlo bien. De vez en cuando, dejaba a Momo y a mi madre solas y pasaba la noche fuera de casa por trabajo, pero nunca de forma tan repentina. Y nunca con Seiji. Él también tenía hijos. Tres niños y una mujer. El segundo tenía unos catorce o quince años, la edad de Momo.

Fui a la estación en autobús, dejé la bolsa y reanudé el paseo hacia el extremo del cabo.

Pensé que los dueños de la pensión habían sido muy amables dándome una habitación al verme aparecer tan sólo con una pequeña bolsa, a horas intempestivas de la noche y de improviso. «Suna» me parecía un apellido misterioso. Sin embargo, la noche anterior no me había dado cuenta. Más que el nombre en sí, lo que me parecía misterioso era que ningún nombre de pila encajaba con aquel apellido sin desestabilizar su armonía.

El camino subía en línea recta, con una suave pendiente. Una vez pasado el puerto, discurría junto al mar. Los co-

ches se apartaban para esquivarme. En los alrededores de la estación me había cruzado con varias personas, pero luego fue como si todo el mundo hubiera desaparecido. Pasé por una zona donde había varios comercios y restaurantes de pescado. Lo único que se veía más allá era el camino. Los comercios y restaurantes estaban desérticos.

De repente, supe a quién me recordaba la voz del hijo de la pensión Suna. Se parecía a la voz de mi marido cuando hablaba en sueños, el marido que desapareció sin dejar rastro doce años atrás. Una voz brumosa, impregnada de sueño, como si en ese momento el hombre se hubiera convertido en niño. «Kei», me llamaba con aquella voz grave y dulce. Aunque fuera la voz de un hombre adulto, me parecía la de un joven o de un adolescente a punto de convertirse en hombre.

Mi marido desapareció sin dejar rastro. Nunca he vuelto a tener noticias suyas.

Pensé que la presencia que me seguía era un espíritu del mar. A mi marido le gustaba el mar.

No le hice caso y seguí caminando hacia el extremo del cabo. Respiraba trabajosamente, quizá porque caminaba a paso rápido. Mi pequeño bolso de tela, el único equipaje que llevaba, se balanceaba de lado a lado. Había comprado una lata de té verde en una máquina expendedora. Tras un momento de vacilación, pulsé el botón de «bebidas calientes». Estuve caminando un rato con el té en la mano. La presencia que me seguía se alejó.

El cielo se estrechaba en aquella zona, quizá porque la ladera de la montaña que se erguía a mi derecha se volvía más abrupta. Los milanos volaban bajo. Sólo remontaban el vuelo para sobrevolar unos escollos que se adentraban en el mar.